



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 6.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 5 DE FEBRERO DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.



de todas veras os lo digo: se progresa: los ciegos lo ven y los sordos lo oyen. Y si no, lectores, decidme: ¿os parece que es poco progreso aplicar los sistemas de gobierno al desgobierno de una Revista de la semana?

Francamente declaro, que á mí, progreso me parece y acepto á ojos cerrados la invencion de

M. Alberic Second, director del *Grand journal*.

Hallábase este buen señor vacilando sobre el corte que daría á las revistas, como me encuentro yo á menudo: ¿las haré serias? ¿jocosas? ¿históricas? ¿científicas? ¿Cómo gustarán á mis lectores?

Una idea luminosa le indica el verdadero camino. Establecer para su periódico el *sufragio universal*. E incontinenti circular á los electores para que le digan en qué estilo se ha de escribir la Revista: semanalmente hace escrutinio, y si la mayoría quiere reír, la revista ríe, y llora si quiere llorar la mayoría.

Solo es temible en este caso que la minoría se retraiga; aunque puede apechugarse por la seguridad de que los mas están contentos.

Pero yo que no la tengo, por fuerza he de pastelear un poco contándoos noticias de todas clases, unas vestidas de luto, otras de baile: para todos los gustos, como la salsa de perejil.

Y sea la primera una importantísima: el otro día os dí la de un pintor sin brazos, hoy es la de un bailarín sin piernas, el célebre Donato.

Y en descargo de mi conciencia os advierto lectores, que al decir sin piernas me *escurri* un poco: la verdad es que tiene piernas, ó por mejor decir, pierna, porque la otra es de palo.

¡Pero qué pierna, lectores! lo mismo salta con esta que con la otra, y hasta *trenza* mas que Manolito, aquel famoso Manolito del *tenza que tenza*. Tal es su pierna, que toda la aristocracia de París se habia propuesto en una gran reunion admirar al bailarín inglés; y bullian las modistas, y los maestros de obra prima no descansaban y los plateros buscaban oficiales por todas partes.

De repente aquella animacion se apaga; Donato no baila; alguna elegante derrama lágrimas de despecho porque su traje ha quedado inútil; pero no hay remedio, Donato no baila.

¿Por qué? Porque se le habia exigido que se presentase á la *soirée* de frac negro y corbata blanca, y se habia negado, creyendo degradatorio á su dignidad no vestir el traje de su arte, el traje de amorcillo con sus alitas de mariposa.

Creia hacer el mismo papel que un general de ejército á quien se le mandase dar una batalla con un sombrero de canal en lugar del de tres picos con plumas blancas.

¿Os parecerá este suceso trivial? Pues os aseguro que ha ocupado mas á París, que á Roma la decision de la Academia Pontifical, resolviendo que un Hércules de bronce dorado, estatua colosal encontrada en Pompeya, adorne el Museo del Vaticano y se le conozca con el nombre de Hércules Mastai, en honra del actual Papa: mas que á los Estados-Unidos la invencion del cañon Rodland, cuyas pruebas acaban de hacerse en el fuerte Hamilton, á ocho millas de Nueva-Yorck.

Pero como estas invenciones destinadas á labrar la felicidad del género humano, interesan al mundo entero, voy á dar algunos detalles.

Su diámetro en la culata es de dos varas, en el ánima de cerca de tres palmos: la bala pesa 1,080 libras inglesas (1), su carga es de 100 de pólvora para batir á distancia de cuatro millas, y de 130 libras, para el mayor alcance.

¿Qué os parece el instrumento?

Ni el telescopio de Mr. Leon Foucault, destinado al Observatorio de Marsella, puede compararse con él. Y eso que el telescopio Foucault nos atrae la luna á 16 leguas de distancia y á los demás astros los presenta tan cerca que no los conoceríais.

Porque todo lo que veis de tejas arriba; haced cuen-

(1) Una libra inglesa tiene 0,575 09 kilogramos.

ta que no lo veis. La luna os parece que tiene una carita tersa como un manzana, y mirada de cerca, ostenta cada berruga volcánica en la cara, que el pico de Tenerife en la punta de su nariz seria una escrescencia imperceptible. Jurareis que se halla en medio de una atmósfera azulada, y ni hay tal atmósfera ni tal azul; segun el telescopio se encuentra en medio de un océano negro como el azabache y con estrellas siempre, que no parece sino catafalco en muerte de rey.

El sol enseña cada mancha en su rostro que necesitaria para quitarse la mas pequeña, un tarro de leche de Vénus, ó de vinagrillo, como la cuenca del Mediterráneo.

Marte, el fogoso Marte, que tanta diablura hizo en otro tiempo, tenemos ahora que se ha convertido en un inglés viejo, la cara muy encarnada y el pelo blanco; mucho fuego por lo bajo y la parte superior cubierta de nieve; y no os quiero decir nada de Vénus, porque al fin, secretos de damas siempre son respetables, y no es decente que publiquemos las flaquezas de esa señora.

Hasta un gato lunar, á estilo de fidelísimo perro, ha acompañado el cadáver de su amo al cementerio... Me equivoco, esto no ha sucedido en la luna, sino en las Provincias Vascongadas, y en este punto rectifico mis noticias celestes.

Os advierto, sin embargo, que todo lo que os digo, es bajo la fe del telescopio; porque yo tengo la opinion que en cosas del otro mundo el que mas mira menos ve, pero desde que aquel se usa y se fotografía la luna, la astronomía, de ciencia seria y formal ha pasado á ser ciencia divertida.

Ya no extrañareis que cuando la fotografia invade las esferas celestes, se estienda por los ángulos mas recónditos de la tierra: dentro de poco, Europa entera habrá de dedicarse á la fotografia para cubrir los pedidos.

De los reinos del Japon y del de Annam reclaman á toda prisa colecciones fotográficas cuesten lo que costaren de todos los hombres célebres, especialmente políticos.

España segun parece hace el mayor gasto, porque á tener hombres célebres, y hombres políticos, hay pocas naciones que nos tosan.

Y sino echad una mirada por esos periódicos y os pasmareis. De los doscientos y pico de pintores que han presentado sus obras, se ha premiado á mas de la mitad: hombres célebres.

No leereis tres líneas sin que veais, el distinguido jóven don Fulano informa mañana; el incomparable señor Zutano acaba de descubrir tal cosa; el aventajado don Perengano ha publicado tal otra: menos la pólvora, todos son capaces de inventarlo, informarlo y publicarlo todo.

Nunca les harán justicia; por eso nos alegramos de que ahora se la hagan al Jurado, si como se dice es cierto que á sus individuos se les conceden unas medallas en recompensa de sus trabajos.

Harto dignos son de ello. ¿Les parece á ustedes grano de anís encontrar mérito premiable en mas de la mitad de 257 espositores?

A fe mía que les ha de haber costado cada gota de sudor tamaño como un puño.

Y desde ahora reclamo por paridad de casos dos medallas para cada uno de los directores y directoras de colegio que conozco, que en los exámenes han logrado que todos sus discípulos salgan premiados.

Os lo decia al principio y os lo repito; progresamos; hasta en la afición á la lectura. Porque según noticias el *Diario gratis* que se publica en Madrid, aumenta diariamente en suscripción, cosa que admiramos siendo gratis y nos regocija sobremanera. Y eso que no pone novelas tan morales como las que trae la *Correspondencia* de la que soy suscriptor con harta arreptimiento de mi alma; ni noticias tan epigramáticas como la de que se habian podido salvar de entre las ruinas de una casa una madre y su niño, solo que el niño estaba *asfixiado*.

Pero no quiero dejaros con esta amargura en el espíritu y voy á daros cuenta de una salvación casual, pero no como la salvación de la *Correspondencia*, de la que Dios libre á mis hijos y á vuestros hijos si los tenéis.

Un guarda agujas prusiano, estaba en su puesto, al pasar á todo vapor un tren. De repente ve á un hijo suyo que distraído se habia quedado en medio de la vía; si suelta el freno, descarrila el tren y perecen los viajeros; si no vuela á salvar á su hijo lo despedaza la máquina: un momento de vacilación, pero triunfa la voz del deber. Con un grito desesperado le dice á su hijo: «tiéndete:» el niño se tira al suelo boca abajo, en el momento en que silbando y arrojando llamas la locomotora, y los wagones pasan por encima... Corre el padre..., milagrosamente encuentra al niño ileso, le estrecha contra su corazón y cae desmayado. El rey Federico Guillermo ha premiado este rasgo de heroica abnegación, poniendo sobre el pecho del guarda agujas la cruz del valor civil.

No necesitáis menos para oír que aun cuando le toca á don Gil Carmona, quiero que por mí tengáis noticias de la *Revista cómico-lírico-fantástica, en un acto y en verso, titulada 1864 y 1865*, de don José María Gutiérrez de Alba.

Lectores, ¿es cosa buena! El 1864 va entregando por inventario todos los líos, que no ha podido desentredar, al 1865 y como este es un mocoso, falto de experiencia, le va aquel poniendo al corriente de todo. Allí la sociedad actual, danzando, riyendo, llorando y viviendo á costa del prójimo; y la literatura popular con su trabuco y su puñal; y la novela española con sus venenos y sus inmoralidades; y las sociedades anónimas con su descrédito, digo, con su crédito, y la crisis perpétua y los progresistas... en fin, todo, todo. ¡Hasta pinta un inglés, es decir, un inglés no, sino la política de los gobiernos ingleses personificada en un *master*!

Oid que lo merece: el poeta, que lo es don José María Gutiérrez de Alba, sabe dónde le aprieta el zapato, y como lo sabe, dice:

Un inglés es... como un hombre,
asi... muy tieso y muy largo...
muy seco, muy orgulloso
y tan grave como un asno.
En todas partes se encuentra
todo lo mete á barato,
con los fuertes muy humilde
con los débiles muy bravo.
Ofrece, pero no cumple
y, cuando á dos ve enzarzados
en una riña, se acerca
como echándola de guapo
y dice: si en paz os pongo
¿qué me vais á dar? ¿qué gano?
Y si gana toma cartas
y sino saca su cuarto
y se retira diciendo:
señores, ni entro ni salgo
que se arreglen como puedan
ó que se rompan los cascotes.

En fin, chiste, gracejo, alusiones, si no siempre justas, siempre picantes, intencion profunda. El público la recibió como merecía, gritos, confusión, pañuelos, repetidos aplausos, de aquellos que salen del público, no de los alabarderos.

El objeto... pero lectores, id á verla y me escusareis el que os la cuento.

Y ahora que os he hablado de bailarines y de guerras, de comedias y de astronomía, de América y de Europa, por hoy hemos concluido.

Postdata. Con tanta cosa se me habia olvidado advertiros que del Perú solo sabemos, que no sabemos nada.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
LEON GALINDO Y DE VERA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

(CONCLUSION.)

XIV.

Parece que la inclinación general de nuestros pintores, asi antiguos como modernos, hácia la reproducción de la vida real debería favorecer la pintura de cuadros de costumbres: la esposición, sin embargo, da muestras de todo lo contrario, pues aunque son muchos los presentados de esta clase, hay pocos que escoger y los mas tienen una procedencia extranjera.

El mejor de todos ellos, y al propio tiempo el mas español, es el designado con el número 441; y es obra de un pintor francés,—Mr. Julio Worms.

Representa un bodegón de Asturias, en el cual están reunidos varios de los tipos provinciales mas característicos; un maragato, un andaluz, un asturiano, un gallego y otros cuantos de menor importancia en la composición, á cuyas diversas actitudes y espresiones da unidad la presencia de una moza del país, arrogante y viva, que atrae las miradas y despierta la rivalidad de todos ellos. Hay en este cuadro animación, carácter, espresión, y armonioso colorido, y sería completo si hubiere en él mas ambiente y tuviesen mas bulto las figuras.

Otro cuadro del mismo autor (número 442) que representa una cocina valenciana, está concebido con cierta gracia, pero le falta la vida y armonía del anterior.

Los cuadros de los señores Ruiperez, Zamacois, Agrasot, Serra é Hispaletto son de procedencia extranjera, unos franceses y otros italianos, cuyos respectivos estilos no es fácil que prosperen en España. No es esto ciertamente un demérito, mas por lo que pueda importar cualquier dato que indique el porvenir de nuestras artes, bueno es poner en lugar separado aquellas obras que probablemente no han de ser modelos de escuela.

Los cuadros del señor Ruiperez son como todos los suyos, atildados, de buen gusto y discretamente concebidos, pero comparados los de este año con los que tuvimos el gusto de admirar en la esposición anterior, son inferiores sin disputa. Las figuras tienen contornos secos y recortados, y el color es menos vario y brillante, contribuyendo á marcar mas y mas la dureza y desabrimiento que perjudican á aquellas lindísimas composiciones.

Iguales defectos se notan en los cuadros del señor Zamacois, además de la inferioridad harto notable del dibujo.

El señor Agrasot, con su estilo moderno italiano, desvirtua el efecto de sus cuadros, en los que se nota siempre un toque rudo y despacible. Serra peca de minucioso é Hispaletto de afectado.

El señor Fierros imagina bien sus cuadros y denota cierta propensión á idealizar los asuntos populares, lo cual no deja de merecer elogio, con tal que no ceda, como cede, en menoscabo de la verdad y armonía del colorido y de la corrección y soltura del dibujo.

El cuadro del *Confesionario* del señor Manzano está pintado con gracia, y á trozos con verdad y viveza.

Por último, el señor Ferrandiz sería un pintor muy notable en su género, si manejando la espresión con la facilidad y gracia de que da repetidas muestras en todos sus cuadros, aprendiera á pintarlos; porque no basta la espresión para dar vida á unas obras en que, asi el color como el dibujo, son meramente ensayos de principiante.

En general, estos cuadros, con otra media docena de que no hay que hacer mención especial, porque no presentan nada nuevo, carecen de una circunstancia muy esencial en la clase de pintura de que se trata; carecen de colorido, de aquel colorido trasparente y sólido al propio tiempo, que retratando la realidad sin grosería, da vida y luz y espacio á las composiciones, ya que por su carácter no puedan elevarse ni á la grandeza de la religión ó de la historia, ni á la magestad de una belleza clásica y severa.

XV.

La pintura de retrato está regularmente representada, aunque no tanto como es de esperar de nuestros pintores. La misma falta de solidez en el colorido que se nota en los cuadros de costumbres, se echa de ver en los retratos.

El señalado con el número 58, obra del señor Casado, es sin duda un excelente retrato y su efecto sería completo sino le desvirtuase algo la falta de sobriedad, esto es, cierta riqueza afectada de colorido que se advierte en él.

El número 174, del señor Gisbert, es un retrato sin concluir donde solo hay que admirar la verdad de unos

magníficos paños, que son sin duda cosa muy secundaria respecto de lo que sería la obra si la cabeza y estremos estuviesen pintados de igual modo.

Los varios retratos del señor Llanos son ciertamente dignos de atención y están pintados con delicadeza é inteligencia; pero su estremada palidez mata en gran parte el efecto y los desluce quitándoles animación y realidad.

El señor Llanos puede hacer mucho mas, según lo ha dado á conocer en obras anteriores.

Otros retratos, de Puebla, Fierros y algun otro, se encuentran en caso análogo, de forma que siendo buenas obras, no lucen lo que deberían por falta de vigor y singularmente por falta de claro-oscuro, defecto que es muy general, ó por mejor decir, domina en todas las pinturas de la esposición.

XVI.

El paisaje, género tan importante en la pintura moderna, está pobrisimamente representado.

Podría citarse algun cuadro, muy raro, de regular valía, pero en su clase prevalecen tan poco las obras medianas, que no merecen un examen particular cuando por ningun concepto están á la altura proporcional de las de otros géneros.

XVII.

Finalmente, la pintura de perspectiva, de animales y de naturaleza muerta tiene en la esposición obras de estremado mérito.

Los dos interiores del señor Gonzalvo (en especial el que representa la antigua *Sala capitular* de Valencia, número 178) son de una verdad admirable, calidad principal, y que unida á la buena elección del objeto representado y del punto de vista que ofrece al espectador, completa todos los requisitos apetecibles en este género.

Los cuadros del señor Gimenez Fernandez (don Federico), y entre ellos, particularmente, el señalado con el número 160, que representa un *gallinero*, tienen toda la realidad y gracia que se puede desear en este género de pintura.

XVIII.

ESCULTURA.

En este arte, casi muerto hoy en todas partes, y que en la forma clásica que al presente se imita, nunca floreció con brillantez en España, es mas de elogiar la intención de los artistas que el resultado de sus trabajos. Si hubiera de juzgarse del ingenio y conocimientos, aun podría citarse el nombre de los autores de algunas de las esculturas espuestas; pero habiendo de juzgarse de obras, no puede en rigor mencionarse casi ninguna, sobre todo despues de hablar de los cuadros. Los señores Bellver, Valmijana, Figueras, y el autor de la pequeña estatua de *Dante*, hacen esperar algun adelanto para lo sucesivo. Es cuanto tenemos que decir.

Respecto de la arquitectura aun hay menos que hablar que de la escultura. Este arte vive ya solo de copias, é imitaciones, y aplicado á proyectos imaginarios que nadie piensa en realizar. Dejémosle yacer.

PEDRO A. DE ALARCON.

LA INDIA Y LOS INDIOS.

II.

Es generalmente el indio de tez aceitunada ó cobrizada, de facciones dulces y tranquilas, de escasa fuerza y energía, de gran resignación y de mucho fanatismo; tan apegado á sus costumbres que hoy despues de siglos, es el mismo hombre que describieron las tropas de Alejandro, tan poco dispuesto á la invención y al progreso que teje aun las mismas telas y cultiva el mismo comercio que en tiempo de los árabes y los griegos; de tan poco ímpetu que, sobre no haber traspasado nunca las fronteras de su patria para invadir otros pueblos, se ha dejado dominar frecuentemente por ejércitos de tan poca monta como los de Portugal y los de la «Compañía inglesa de las Indias.» Pobre, le basta un sencillo traje de algodón para dejar su casa, arroz y frutas para su sustento, una tienda levantada sobre cuatro palos de bambú para su albergue y el de su familia: rico, es amigo del lujo y la magnificencia, de tener gran número de domésticos y esclavos, trajes suntuosos, joyas de gran precio, muebles espléndidos, mesa bien puesta y soberbiamente abastecida. Labrador y mercader, ve en el camello el inseparable compañero de sus fatigas; opulento hacendado, fatiga los hijeros del caballo persa; hombre de poder, se presenta á los ojos del pueblo en preciosos sillones sostenidos por los anchos lomos del elefante. Es polígamo, tiene en sus mujeres siervas para su vida y aun para despues de su muerte. La hoguera que consume su cadáver consume el cuerpo de sus viudas; su hijo primogénito prende fuego á la hoguera.

Cree principalmente el indio en la metempsicosis ó la transmigración de las almas. Cree que éstas han sido desgajadas de un centro universal, pueden, según la degradación en que vivan, bajar hasta la última serie de los cuerpos organizados; no vuelven á su origen hasta que libres de toda impureza han logrado absorberse en lo infinito. Cree que el mundo no es más que una emanación de Dios y Dios y el mundo son, aunque en la forma distintos, en la sustancia idénticos. Cree en una trinidad divina compuesta de Brahma, Vishnu y Shiva, el dios creador, el dios conservador, el dios destructor ó de la venganza. Cree en la unidad de esa trinidad que espresa con la palabra *Oum*, tres letras que componen una sola sílaba y repite sin cesar cuando se prepara para recibir al ángel de la muerte. Creencias todas que podrían constituir una religión dulce y benéfica, si no estuviesen mezcladas con groseras supersticiones que han llevado consigo prácticas sangrientas.

Cada dios de la trimurti india tiene su esposa y ha pasado por una serie de encarnaciones ó de metamorfosis: no adora el indio un solo Dios, sino una multitud de dioses; dioses á que presta culto y ofrece sacrificios cruentos ó incruentos, según su significación ya entre las demás deidades, ya entre los hombres. Honra á los unos en la calle y á los otros en el templo, á éstos con las músicas y las escandalosas danzas de las bayaderas, á aquellos con el holocausto de su propia vida, y á todos con abluciones y numerosas ofrendas que forman la decantada riqueza de sus sacerdotes. Persuadido si no es brahman, de que está espiando faltas cometidas antes de su último nacimiento y de que solo por la mortificación puede borrarlas, está dispuesto no solo á desprenderse de lo necesario para su sustento, sino también á castigarse cruelmente para atraerse la benevolencia de sus mejores dioses.

Hace estremecer la relación de las penitencias á que aun hoy se entrega el indio. Tal hay que recorre á gatas centenares de leguas y no se levanta hasta llegar á las orillas del río Jumna; tal que se arroja sobre un montón de paja que solo sirve para encubrir un gran número de lanzas y de espadas; tal que se sepulta en el fondo de un desierto y absorbido en la meditación de lo divino, deja que el hambre rompa los lazos que encadenan su alma; tal que cierra la mano para no volver á abrirla y la lleva por fin taladrada por sus propias uñas; tal que levanta el brazo para no bajarle, y lleva el brazo en alto por haberse paralizado en él los nervios y los músculos; tal que se deja coger por la espalda con garfios de acero y suspendido en un bambú horizontal, susceptible de un movimiento de rotación sobre una elevada estaca clavada en la tierra, consiente que le den vueltas con rapidez y vá esparciendo en tanto las hojas de las guirnalda y coronas de que vá ceñido. Existe en Janguernat, en la comarca de Bengala, un ídolo famoso que por el mes de junio se saca en procesión sobre una torre de 60 pies de altura, colocada en un inmenso carro. Hombres, mujeres, niños le saludan, apenas sale, con espantosos gritos y se abalanzan á arrastrarle, considerándolo como una obra piadosa y sagrada. Adelanta el carro con grande estrépito y los sacerdotes cantan; los peregrinos agitan alegremente sus ramos. Está la cara del ídolo pintada de negro, la boca abierta y de color de sangre. Se exalta la imaginación del indio y le dispone al sacrificio. Precipítanse unos bajo las ruedas y mueren aplastados; corren otros menos fervorosos y ponen bajo las ruedas el pie, la pierna, el brazo, para aplacar cuando menos la sed del ídolo con parte de su sangre; hasta madres con sus hijos se arrojan bajo el pesado carro.

Imposibles parecen en nuestros tiempos esas expiaciones tremendas: no las creería de seguro el lector, si no supiese que están consignadas en libros de viajeros que han visitado nuevamente la India y visto con horror tan repugnantes espectáculos. Es terrible para los indios la idea de la metempsicosis. Sobre inspirarles esos actos de barbarie, eterniza entre ellos la distinción de castas, hace á los unos poco menos que esclavos de los otros, los condena á todos á un estacionamiento vergonzoso de que apenas bastan á sacarles los esfuerzos de sus dominadores.

Están los indios desde los tiempos más remotos divididos en cuatro castas gerárquicas: las de los brahmanes, la de los xathryas, la de los visas y la de los sudras. Ninguno puede contraer matrimonio fuera de la suya, ninguno llenar otras funciones que las que le están designadas por los libros santos. El brahman no puede consagrarse sino al sacerdocio, al estudio de las ciencias y al gobierno de los pueblos; el xathria al gobierno de los pueblos y al mando de los ejércitos; el visa á la agricultura y al comercio, el sudra al servicio de las demás castas y al ejercicio de las artes. Han modificado algún tanto esa distribución de funciones las diversas razas invasoras; pero no aun alterádola de modo que no se la pueda dar generalmente por exacta. Hasta cada familia suele llevar vinculada en sí una profesión determinada: no sería exageración decir que tiene el indio descrita, en cuanto nace, la órbita que ha de recorrer durante los días de su vida.

Existe además en esas cuatro castas una condenada poco menos que á la esclavitud, tan envilecida que ha

de evitar hasta el contacto de las dos clases superiores. Sufre todo género de humillaciones, puede ser pasado por la espada del guerrero á que se acerque, está escluida del culto de los dioses nacionales; es en muchos puntos sierva de la gleba, mirada en todos como un ser maldito que vive tan solo para purgar terribles crímenes. No merece de las demás castas ni siquiera las simpatías que los brutos; el agua y la leche sobre que ha pasado su sombra se las cree por solo este hecho impuras. Sucesora tal vez de una raza vencida, como los ilotas de Esparta, es aun hoy víctima del orgullo de sus vencedores.

Son tan numerosos los párias como desgraciados: ¿querrá creerse que los hay aun más desgraciados en la India? Los pulias que habitan en los bosques de la costa de Malabar no pueden ni salir á los caminos públicos: viven como lieras y apenas tienen lengua en qué espresarse.

Es de fatales consecuencias esa división de castas. Ha perpetuado el enriquecimiento de unas clases y la miseria de otras, ha sumido en la ignorancia á las inferiores, privadas hasta de leer los libros sagrados, ha puesto y conserva aun en cierto modo las naciones indias bajo el despotismo teocrático. En la India los reyes, los príncipes, los rhañás salen de la casta de los xathrias; pero han de ir todos los días al levantarse á visitar á los brahmanes, oír de su boca pasajes de los Vedas, ofrecer con ellos sacrificios, recibir su consejo en todos los negocios áridos, seguir estrictamente todas las horas del día la conducta que les está marcada en los libros santos. Son considerados los brahmanes como la secta próxima á los dioses, como hombres ya purificados, como seres reconciliados con Dios, como los médicos del cuerpo y del alma: ¿cómo no han de doblar ante ellos la cabeza todas las demás castas?

El poder de los príncipes indígenas está limitado, no ya solo por los brahmanes, sino también por los privilegios de las demás castas, y los gobernadores de provincia, especie de aristocracia feudal muy poderosa. No es fácil que hagan prevalecer su capricho en un país donde los derechos y los deberes del último esclavo se hallan escritos en los Sastras, libros sagrados que abrazan toda la legislación y toda la doctrina indias y constituyen una vastísima enciclopedia que data de siglos. Hoy los príncipes del Indostan son muchos; han sido en otros tiempos más, en otros menos; uno solo en una antigüedad remota, si hemos de dar crédito á tradiciones aun vivas en el corazón de aquellos pueblos.

Como las provincias suelen estar mandadas por los zemindares ó gobernadores, lo suelen estar las ciudades y villas, sobre todo en las costas del Mediodía, por consejos municipales que están compuestos de seis clases de empleados, subdividida cada una en cinco secciones.

Adminiñan justicia en las capitales los príncipes, bien por sí, bien por sus tribunales; en los pueblos subalternos, magistrados nombrados por los zemindares ó los mismos príncipes. No pueden ejercer el cargo de jueces sino los brahmanes. Las leyes son severas, los castigos bárbaros; las pruebas, los juicios de Dios que tuvimos en la edad media. La pena del talion sigue todavía en uso para muchos crímenes, el corte de las extremidades, pies y manos, es frecuentísimo.

La administración de la justicia civil es más racional, aunque no más acomodada á las costumbres de Europa. Los pleitos se sujetan ante todo al juicio arbitrario de los parientes; si no es aceptado, al de una asamblea de hombres de la profesión del demandante. Cabe aun apelar de esta asamblea á la del pueblo todo, de la del pueblo á los jueces reales, de los jueces reales al tribunal supremo, del tribunal supremo al príncipe.

La para nosotros estraña organización del Indostan depende principalmente de la antigüedad é inmovilidad de sus instituciones. Todos sus grandes progresos, tanto en las letras y en las artes como en la política, estaban ya realizados al asomar en la historia los pueblos latinos. Desde entonces acá no ha dado un paso importante. Es el Indostan una ruina viviente de los primeros pueblos.

Su literatura y su arquitectura son notabilísimas: no se nos citará un poema ni un monumento grandioso que no cuente largos siglos de existencia. ¡Qué poemas, sin embargo, y qué monumentos! El Ramayan y el Mahabarata constan de centenares de millones de versos; la Sacountala es un drama inmenso. Tienen aquellos por argumento la lucha del bien y el mal en la tierra, las encarnaciones de Vishnu para combatir á los malos genios y á los reyes tiranos; éste los amores de una princesa descendiente de los dioses. Son los héroes de Homero y Ossian pigmeos al lado de los del Ramayan y el Mahabarata. «Los caudillos de los combatientes son en estas atrevidas epopeyas las divinidades del olimpo indio; los ejércitos están compuestos de hombres, osos, leones y elefantes; el teatro de sus hazañas es el mundo. No solo se empeñan las batallas en la tierra, sino también en el aire, en el cielo, en la superficie de los mares, en la profundidad de los abismos.» Las aguas, los vientos, los bosques, los cerros toman parte en tan gigantescas y sangrientas guerras. ¡Qué grandeza la de todas las escenas de sus poemas! ¡Qué feliz armonía de la imaginación, la razón y el

sentimiento en los episodios que hasta ahora conocemos!

Están escritos así estos poemas como la Sacountala y todas las grandes producciones literarias de la India en lengua sanscrita, una de las tres que estuvieron constantemente en uso en aquellas antiguas regiones. Era la sanscrita la de la casta brahminica, la pracrita la del pueblo, la indostana la de ciertas y determinadas comarcas. Hoy, véase á qué punto de degeneración ha llegado aquel pueblo, la lengua sanscrita ya no se habla, la pracrita muy poco, la indostana está dividida en una porción de dialectos, idioma comun de todas las castas y clases. Los dialectos indostano, bengalés, nepalés, cachemirano, marata, guzarato y del Pendjab son los principales.

Eran las tres lenguas matrices, especialmente la sacerdotil ó sanscrita, tan grandes y bellas como los citados poemas. ¿Qué era, con todo, la literatura comparada con la arquitectura?

Están los antiguos templos de la India unos abiertos en el seno de los montes, otros cortados en la peña viva, otros levantados aisladamente en el espacio. Son unos subterráneos, otros monolitas, otros polilitas. Están generalmente rodeados de dos ó tres murallas y pórticos de centenares de columnas; adornados de galerías y pequeños adoratorios que van conduciendo al santuario y preparando el ánimo á la oración y la penitencia; revestidos en éste de una riqueza suntuosa; llenos en todas sus partes de un mundo de figuras y de símbolos, representación del mundo real y espresión viva de la creencia en el panteísmo. Suelen estar sus puertas en pirámides coronadas por una cúpula: hay pirámides como la de Tanjur que tiene 200 pies de elevación sobre 66 de base. El templo ó pagoda de Chalembron figura entre los más notables; las ruinas de Maralipuram son la admiración de todos los viajeros. Enormes elefantes de piedra, leones, toros, hombres aparecen, ya en lo interior, ya en lo exterior del templo: una decoración rica y caprichosa como la del Renacimiento cubre las más de las fachadas.

Excede á toda ponderación la grandiosidad de la arquitectura india: no hay europeo que no se haya quedado sorprendido y asombrado al recorrer, no ya esas inmensas pagodas, sino las excavaciones de Elora y Dagaviri y las ciudades trogloditas de Dhumnar y de Salseta. La realidad vence allí las más atrevidas ilusiones que ha podido concebir la fantasía.

Y ¡habita el pueblo en miserables cabañas junto á esos ricos y vastos monumentos! ¡y es ya incapaz de costearlos ni de construirlos!

El estacionamiento es en la humanidad el retroceso: no hay más que echar los ojos sobre ese desgraciado pueblo.

F. P. y M.

Hemos tenido el gusto de abrazar, de vuelta de su expedición al Pacífico, al señor Castro, autor de las cartas, cuyos concienzudos detalles nos hacen conocer exactamente la vida íntima del pueblo Norte-americano.

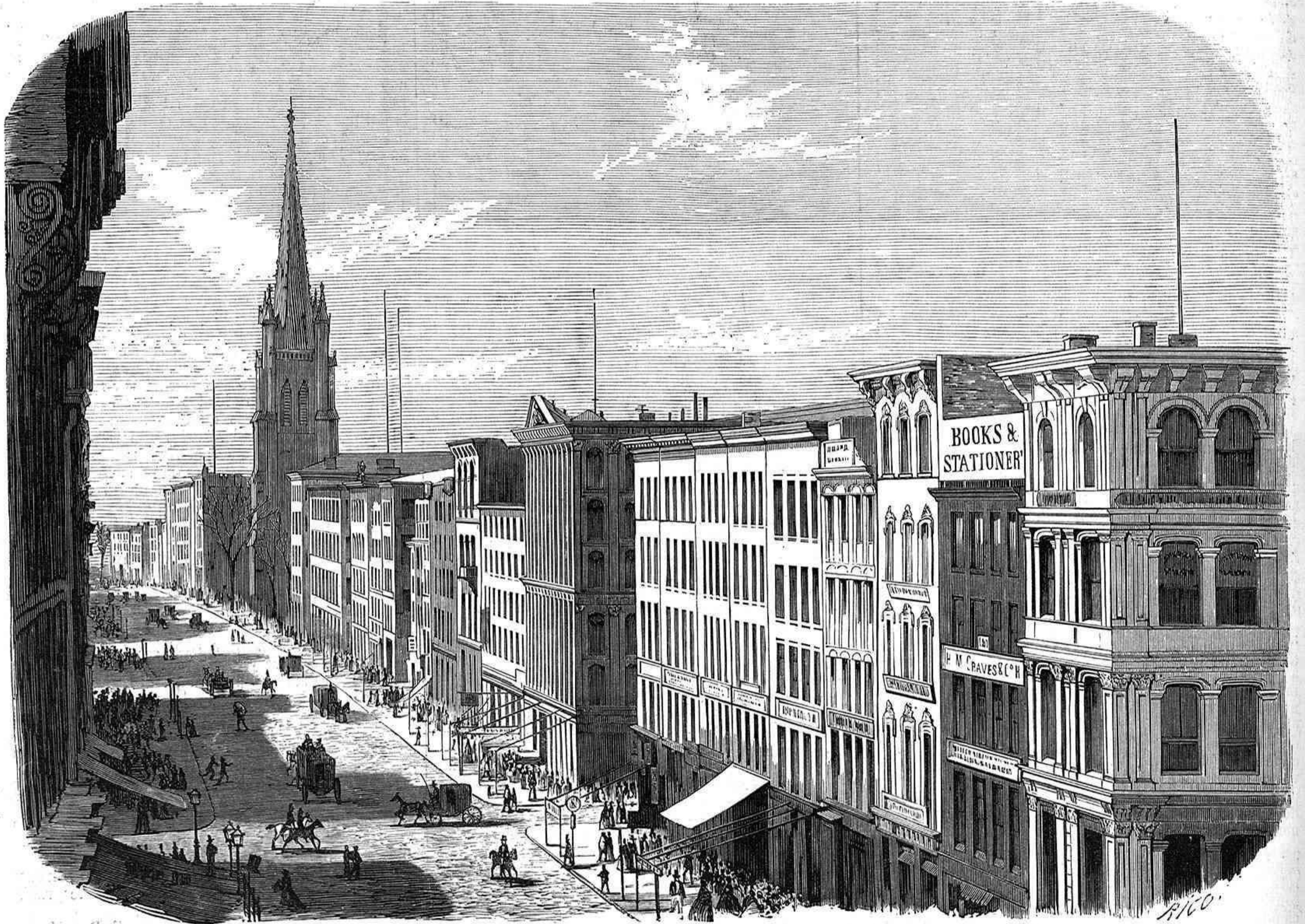
Aun cuando no nos ha sido posible por falta de espacio insertarlas á su debido tiempo, como no se refieren á sucesos de actualidad, sino á descripciones de costumbres, su interés es el mismo, y lo acrecentarán, si es posible, los grabados con que las acompañamos.

UN HOTEL EN NUEVA-YORK.

Nueva-York, 6 de noviembre de 1864.

Llegué á esta gran población el 4, como dije en mi anterior, y me dirigí al hotel de Fifth Avenue, empaquetándome en un *carrige*, no sin haber tenido una curiosa discusión con el cochero, entre inglés, francés y español, de la que resultó que mediante seis pesos papel me trasladaría con mi equipaje al punto indicado.

Llévome el auriga por la magnífica calle de *Broadway*, especie de boulevard como los de París, con tiendas y casas monumentales. Atravesé *Union square* ó plaza de la Union, en la que se encuentra una estatua ecuestre de Washington de bastante mal gusto, y después de un corto trecho me apeé en *Madison square*; en el peristilo del orden corintio de *Fifth Avenue Hotel*. Bajo de él se alzan tres dobles portadas y se entra en un gran zaguan con columnas del mismo orden decorado con candelabros de bronce para gas, ornados con figuras; á la izquierda se encuentra la oficina y el telégrafo para el servicio de este inmenso y elegante hotel. Como la dificultad para mí era la de darme á entender, al saber que era español, destinaron para servirme á un joven castellano viejo, que me instaló en una cómoda habitación, subiéndome no por la escalera, como era natural; sino metiéndome en un pequeño cuarto, en el que podrán caber una docena de personas y que elevan y descenden por medio de una máquina de vapor; de manera que es indiferente vivir en el primero ó en el quinto piso. Este ferro-carril ascendente hace sus escalas en todos los pisos, según lo reclaman las necesidades de los habitantes de los departamentos, teniendo este servicio desde las nueve de la



CALLE DE BROADWAY (NUEVA-YORK.)

mañana hasta las doce de la noche. En la habitación encontré todo lo necesario, y aun lo supérfluo; gas á discreción, una fuente para el agua, baño, retrete, chimenea, campanilla y otras comodidades.

Visto esto, despues de subir las maletas, tomé un baño de policía urbana, pregunté dónde encontraría un

peluquero, y mi castellano me dijo que le había en la casa: pasé á un sencillo y elegante salon, y despues de varios lavoteos salí afeitado y en disposición de presentarme en el comedor; que es un salon magnífico, donde caben cómodamente trescientas personas, adornado de columnas corintias, y entre ellas, al-

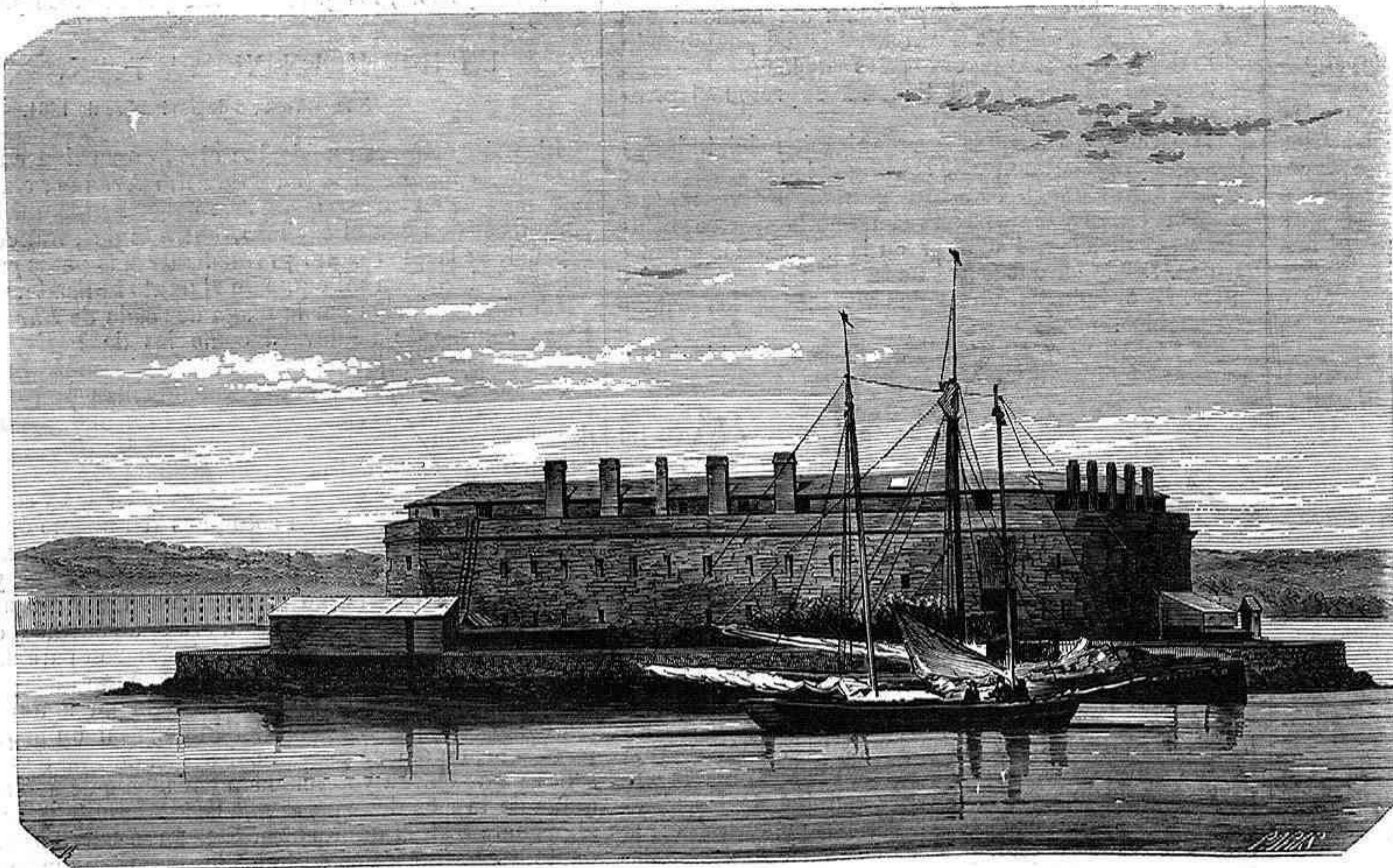
ternando, una ventana y un espejo, que reproducen el salon centuplicadas veces. Noventa mecheros de gas, divididos en ocho hermosas lámparas de bronce lo iluminan, produciendo un efecto admirable y de deslumbradora magnificencia.

La comida me pareció deliciosa, comparado con la del infernal vapor, *Costa-Rica*: necesité un sombrero, y en la casa había sombrerería, paraguera, sastrería, relojería, guantes, tabacos, gabinete de lectura, libros, sellos, correo, servicio de telégrafo para el exterior; en fin, cuanto puede encontrarse en una populosa ciudad, excepto cuartel é iglesia; cierto que ésta no hace falta entre protestantes, que la suplen por una Biblia sin notas que se encuentra en cada habitación.

Salí al día siguiente de mi cuarto, y llamé al castellano, que se llamaba Manuel; aquí tuve un doloroso recuerdo: también había yo bautizado con el nombre de Manuel al cañon de mi camarote.

Pues mi Manuel, el castellano, trató de hacerme conocer el hotel de quilla á perilla, y perdone el lector los términos marinos. Lo primero que visité, fueron las carboneras y los carritos, que por medio de *rails* conducen el carbon á la máquina de vapor, de fuerza de cincuenta caballos.

Esta máquina sirve para subir y bajar el cuarto portátil á los diversos pisos; para los fogones de la cocina, pone en movimiento las máquinas de lavado, calienta las aguas y se aprovecha en otros usos, como hornos y demás. Las artesas de lavar me gustaron por lo sencillo del mecanismo para el lavado, que se hace casi solo; para secar la ropa se emplea el calor propio de la máquina, de manera que en el día se lava la ropa, se seca y se plancha. Con tal comodidad se gastan sin reparo las toballas por docenas y se mudan las ropas de cama



FUERTE LAFAYETE EN LA ENTRADA DE NUEVA-YORK.

cada tres días, por lo que se vive con un aseo y limpieza estremos. La ropa es de hilo excelente, y toda cama tiene sus colchones de muelles, sus mullidas almohadas y todo el *comfort* imaginable. La cocina se divide en varias oficinas: en un departamento los fogones, en otro se emplean seis mujeres en pelar las aves, en otro las legumbres, manzanas para compotas, etc. Para la confitería hay su departamento especial; pero en verdad, son poco apetitosos los dulces, que saben todos á drogas como si se hiciesen en una botica. Hay otros departamentos para las vagillas, para el afilado de cuchillos, para el calentado de platos, y para las cajas de la nieve, que se emplea en todo tiempo, sin que se tase ni entre en cuenta aunque se consuma por quintales, merced á su abundancia. En el hotel se encuentran doce magníficas mesas de billar para los viciosos. Hay salones de recibo lujosamente amueblados, en donde antes y despues de comer, se pasea en amable conversacion con las lindas *ladies* newyorkinas, paseos no exentos de inconvenientes, y mas para los hijos del Mediodía.

En la casa proporcionan carruajes, billetes para los teatros y todo cuanto puede imaginarse y aun mas. Por el estilo de este se encuentran unos veinte hoteles si bien no tan lujosos: hoy este hotel es el *rendez vous* de New-York y donde todas las noticias, tanto políticas como mercantiles, se saben. Lo que mas conmueve por ahora (y esto es natural en el pueblo del *dollar*) son las alternativas que tiene el precio del oro, que se ha hecho objeto de especulacion y sube y baja en un día de un modo fabuloso: 100 pesos en oro están valiendo desde mi llegada de 211 á 256 pesos papel; por el momento está en baja, pero subirá regularmente. En circulacion por lo tanto no se encuentra sino papel y cobre: ver oro en los bolsillos es un acontecimiento que todo el mundo se para á contemplar con éxtasis. Como llegué en vísperas de las elecciones, tuve ocasion de presenciar el gran *meeting* que formaron los demócratas en favor de la eleccion para presidente del general Maclellan: tuvo su origen parte en *Union square*, y parte en este hotel donde se hallaba el candidato que dirigió un discurso desde el balcon principal, del que no entendí una palabra. Despues se pasearon procesionalmente sobre trescientas mil almas con luces, banderas y músicas, cohetes y petardos, y entusiastas hurras. En honor de la verdad, reinó el orden mas admirable en toda la manifestacion para atraer votos al general, como en las elecciones en que por fin fue reelegido Lincoln.

Terminaré con el hotel, principal objeto de estos renglones, diciendo que no corresponde á su interior su exterior, que solo se compone de paredes de piedra con un sinnúmero de ventanas que le dan el aspecto de un cuartel, con una ornamentacion en extremo sencilla. Se halla situado muy ventajosamente, gozándose desde él la perspectiva de *Madison square* y de las elegantes construcciones de *Fifth avenue* ó sea *Quinta avenida*, que es lo mas aristocrático de la poblacion. En los hoteles los americanos han echado el resto de su inteligencia y gusto, sobrepujando en este particular á todo cuanto la imaginacion puede concebir. Son verdaderos palacios en lujo, comodidad y aseo interior, con un servicio bastante esmerado, pronto y exacto. Asi los que deseen vivir bien, pueden dejar la coronada villa y venirse á gastar sus reales con provecho. Olvidábaseme decir que puede comerse cuatro veces al dia sin recargo de precio, y que apenas se cierra uno de los comedores, se abre otro sin intermision.

Como tengo que aprovechar el tiempo, no puedo dar por ahora mas detalles sobre este tan interesante particular que dejo para otra carta.

RAFAEL CASTRO Y ORDOÑEZ.

REVISTA DE TEATROS.

VARIEDADES — *El corazon en la mano*. — ZARZUELA. — *El alcalde de Zalamea*. — REAL. — *Fausto*.

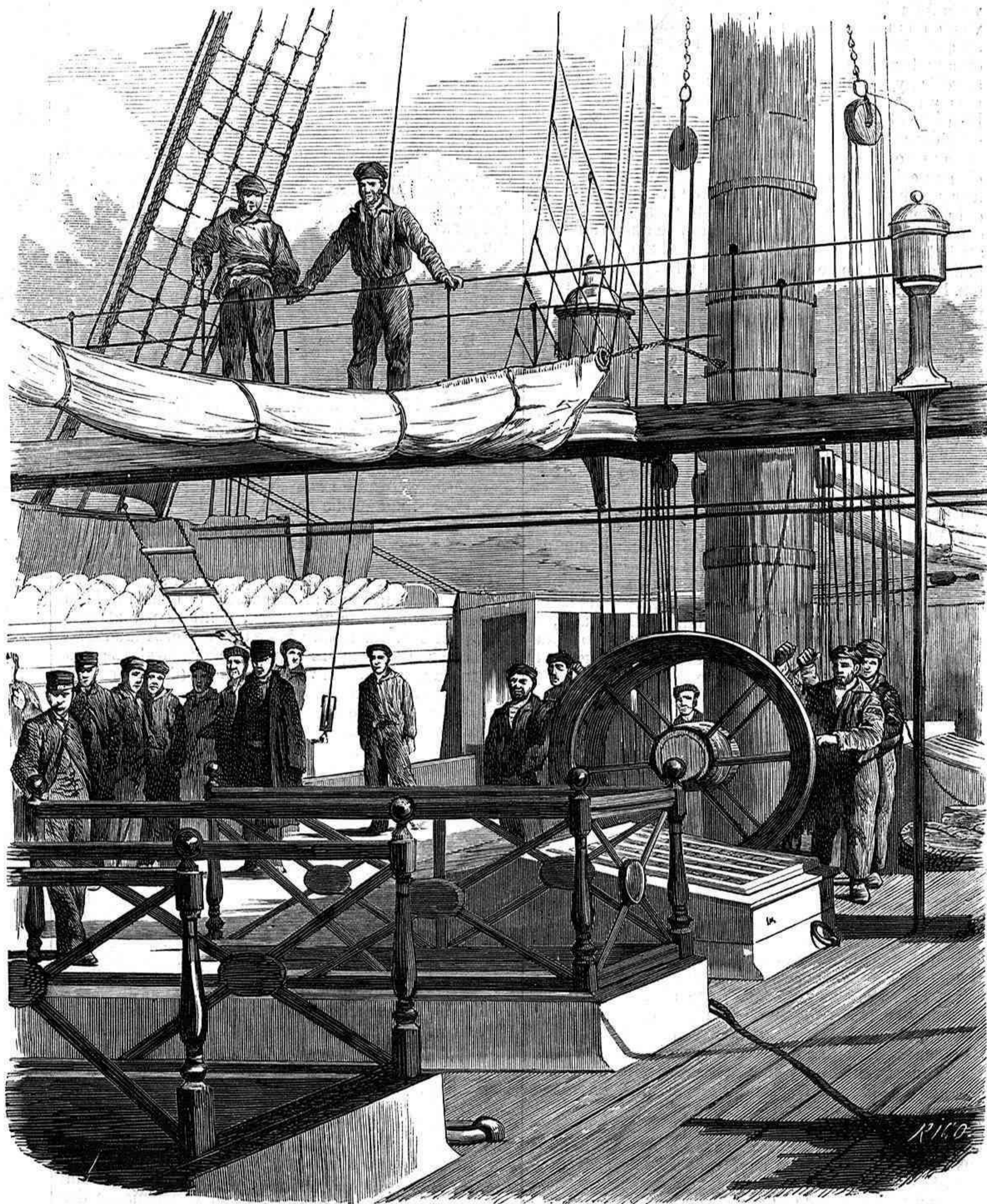
El teatro de Variedades ha ofrecido, por fin, á sus abonados una obra de magnitud, un drama en cinco

actos y en prosa, de don Enrique Perez Escrich, sacado de una novela del mismo autor, con el título de *El corazon en la mano*. No le cuadra mucho en verdad á la obra de que voy á ocuparme, su nombre de pila; pero como este es un detalle que aunque interesante, puede pasarse por alto, descendamos á sus condiciones dramáticas y literarias y puestas en relieve, podremos apreciar debidamente, si el señor Escrich, ha resuelto el problema de agradar al público.

El pensamiento de la última produccion de este escritor no ofrece novedad. La parábola vulgar del *Hijo pródigo* ha servido ya de tema á muchos ingenios,

los celos arde en su corazon, cuando descubre que su hada viaja en compañía de un rival á quien dispensa iguales atenciones que aquellas de que se habia juzgado único objeto, y el acto primero termina con la desaparicion del jóven de la casa paterna. En esta primera parte de la obra hay colorido de localidad, se pintan con exactitud las costumbres patriarcales de las aldeas, pero el diálogo se halla diluido y en el asunto no se descubre el mayor interés.

Ha transcurrido algun tiempo; el hijo pródigo se ha lanzado á los devaneos de la juventud; la accion se supone en la corte y en casa de la señora de Lorentini. Allí se desata el antagonismo entre los dos amantes.



LA RUEDA DEL TIMON EN LA FRAFATA TRIUNFO. — DE FOTOGRAFIA.

para mover al espectador impresionable. Conocida la intencion del autor, que es la de santificar la paz del hogar doméstico, en el cual hallan seguro puerto los hijos que se extravían, entremos en el argumento.

Un matrimonio, de labradores honrados de Aragon, tiene un hijo único, donde su buena madre ha depositado el tesoro de su inefable cariño. El jóven, rico, galan y enamorado, desoyendo las insinuaciones de su domine y maestro el pedagogo del pueblo, erudito de sainete, colocado; en el asunto para renegar de las mujeres; y deslumbrado por el brillante porvenir que le descubre un amigo insustancial, si tiende su vuelo á mas estensas regiones, determina abandonar su casa para ir á Madrid. Al mismo tiempo aparece en escena una alta señora que seduce al hijo de familia con sus empalagosos halagos. Se prenda de ella, la hoguera de

Aparece el maestro de escuela á pedir cuentas á la mujer de mundo de su proceder, halla á su paso al amante de que aquella no se puede desprender, porque sus relaciones se hallan enlazadas por un crimen, por un crimen que recuerdan aquellos dos personajes imprudentes, sin duda porque al autor le conviene que se entere de sus pormenores el pedagogo. Asi se verifica y pasa el segundo acto, inferior, sin duda alguna al primero, y en él se patentiza que el drama ha perdido ya su unidad de pensamiento, y que el escritor, al conducir la trama, camina á ciegas y entregado al estéril recurso de los episodios. Hay, no obstante, algunos detalles originales en este acto, tales como aquel en que se convida para el baile, el domine, escribiendo su nombre en la lista de las invitaciones y los que produce el *quid pro quo* de equivocarse al amante preferido

con un criado. En cambio se plagia una de las escenas mas culminantes de *La escuela de las coquetas*, y se ponen en boca de la señora de Lorentini frases indignas de una mujer cualquiera.

En el acto tercero el autor se halla completamente extraviado: estamos en el baile que da la maga seductora del hijo de familia; la accion se desliza monótona y los diálogos frios; no hay colorido, ni vida social, ni caracteres. Palabras y mas palabras inútiles en su mayor parte, se desprenden de los labios de los interlocutores.

El señor Escrich, da muestras palpables de no conocer ni por asomo las costumbres que intenta describir. Ya se le habia tolerado el suponer que las papeletas de convite de una *soiree* de gran tono, fueran manuscritas, pero no es posible dejar pasar sin correctivo la falta de cultura y de buena educacion que se advierte en uno de los cuadros que bosqueja. El maestro de escuela penetra en el baile, y las señoras reunidas en aquel salon, prorumpen en carcajadas estrepitosas al verle, y se burlan de su traje con ademanes impropios y con burletas desentonadas y grotescas. Mas á bien que el héroe de su obra cuenta con recursos para salir vencedor de la sátira de que es objeto. Habia escrito una obra en contra del bello sexo, lleva á prevención su original en el bolsillo, le saca y se prepara á leer sus diatribas en menosprecio de la hermosa mitad del género humano. Al llegar á este paraje del drama, convertido en zarzuela por su autor, se hubieran desatado los vientos de una protesta, si el auditorio no se hallara contenido por el respeto que le merece don Julian Romea. El tipo que representa el primero de nuestros actores, recamado de frases altisonantes y huecas y plagado de citas de mal gusto, que ponen á prueba la paciencia del espectador, mas bien parece una figura arrancada de los lienzos de don Ramon de la Cruz ó de los de Castillo, que no un protagonista en el que el autor ha querido concentrar toda la virilidad de su produccion. No es el corazon en la mano lo que enseña el dómine, delineado con la pretension de que conmueva á veces y de que arranque lágrimas, no; lo que descubre es su simpleza, lo que resulta de este carácter falso y abigarrado es una caricatura.

El cuarto acto es, á mi humilde juicio, el mas endeble de la concepcion dramática del señor Escrich. Todo lo que en él acontece, que es bien poco, no influye en el desenvolvimiento del plan. La escena pasa aun en la corte, en casa del hijo extraviado, el dia que sale de la cárcel del Saladero á consecuencia del lance que tuvo con su rival. Ni las predicaciones del ayo, el cual le persigue á todas partes, como aquel soldado mudo al leguino de los *Magyares*; ni el escapulario que lleva pendiente del cuello, como recuerdo de su madre y auxilio para el último y mas peligroso trance, nada ha podido influir en aquella voluntad no contrariada para que la oveja descarriada vuelva al redil de Aragon. Los amigos preparan un banquete para celebrar la libertad que acaba de obtener el que bien se puede llamar protagonista del drama. Habian derrochado hasta el último real; pero les quedan botellas de Champagne que destripar y algunas viandas, resto de su antigua opulencia. El festin se celebra, mientras el público busca en vano el hilo del argumento que se ha perdido. Se eternizan los diálogos: se repiten los brindis, piden «Vénus» á gritos los comensales, hirviendo su cerebro y tartamudeando su lengua.

Han aprendido á ser eruditos en el maestro de escuela y continúan abundando las citas enciclopédicas, para lo cual debe de haber revuelto muchos libros, por encima, el autor. Las mujeres siguen ofendidas, los espectadores calvos y los que llevan toda la barba se dan por aludidos; aparece el dómine y completa esta serie de escenas inútiles, sin asomo de gracia y plagadas de frases inconvenientes y el acto cuarto termina, perjudicando á la obra con episodios ajenos á su intencion dramática y á su idea cardinal.

Vamos al acto quinto y último, porque la jornada es larga y el señor Escrich, no acertando á prescindir de sus hábitos de novelista y de novelista que escribe mucho, la ha hecho interminable dando proporciones colosales á *El corazon en la mano*, en fuerza de ensartar palabras. Tornamos, como es de suponer, al hogar tranquilo, á la casita del pueblo, á la pintura de las costumbres campestres.

Esta última parte se halla recargada de detalles relativos á la vida de los labradores. Aparece el maestro de escuela en la escena, y por ser dia de Navidad vienen los muchachos de la villa, en número considerable á cantar villancicos en la casa del *Hijo pródigo*, dedicados al que es su preceptor y guía. Aparece un coro de los niños del Hospicio con instrumentos rústicos, y venga bien ó mal, tenga esto relacion con la obra ó no la tenga, dan sus acentos al aire y entonan una música del señor Oudrid, que mas bien que de pastorela parece un coro desaprovechado de alguna zarzuela de este compositor: el público comienza á perder la paciencia y al cabo vuelve la accion á su cauce; los padres se lamentan de la suerte del hijo, la madre le ha escrito una carta y se la lee á los espectadores; una carta que haria conmovir los ánimos si estuviera dictada con la sencillez de la verdad, si estuviera impregnada de ese embriagador perfume, de ese aliento purísimo que des-

piden las palabras de las madres, en forma vulgar y epopéyica á la vez, cuando hablan al sentimiento y á la razon de los hijos. Pero aquella carta rebosa afectacion lirica; es una muestra de esa sensibleria epistolar que estamos acostumbrados á oír desde que existe el melodrama, y ni persuade, ni deleita, ni entenece. Medrados estábamos si se espresaran así las madres, cuando en mudos acentos revelan un afecto sin igual, desconocido, en memoria de los hijos apartados del cándido regazo. Un ¡hijo mio! pronunciado é interpretado con el suave calor del sentimiento, arrancado del fondo del alma, cuyas emanaciones están generalmente reñidas con la palabreria ampulosa y convencional; una frase sola, un concepto único, severidad estética, elevacion en la idea; esta es la mas exacta espresion que puede desprenderse de los labios de una madre. Escribir una novela para pintar su cariño, eso podrá ser bonito, pero es perfectamente falso. El desenlace, sin embargo, es la parte mas amena é interesante del drama. Allí hay un conato de situacion cuyo efecto desaparece cuando el jóven saca el escapulario ó amuleto que contiene la parábola del *Hijo pródigo*. ¿Para qué hacer entonces uso de aquella reliquia? Viene la reconciliacion, en la cual no deja de sobresalir algun rasgo de sentimiento, y el drama termina con un breve párrafo del pedagogo, hinchado como todos los suyos.

Resumiendo la obra del señor Perez Escrich, considerada dramáticamente no hay en ella vigor, ni habilidad para preparar las situaciones y si se la examina bajo el punto de vista de los caracteres, aparecen estos sin coor y sin exactitud, porque esceptuando la madre en cuyo personaje hay alguna reminiscencia de la naturaleza, los demás hablan, obran y juegan en el argumento movidos al discrecional capricho del autor. En cuanto á la forma literaria, corramos un denso velo sobre las páginas de *El corazon en la mano*; mentira parece que un escritor laborioso que para acumular citas habrá desentrañado sus orígenes del fondo de una biblioteca, no se empape en la lectura de nuestros hablistas y castizos escritores clásicos, para no cometer los errores de lengua y de bien decir que por lo regular tanto abundan en sus obras. Tocante á esta materia, he de ser inexorable con este escritor, que debiera desvanecer, por medio del estudio, la opinion en que se le tiene de descuidado, así como para en lo sucesivo se halla obligado á pensar mas sus asuntos, á diluir menos sus diálogos y á ser mas delicado en sus chistes.

La ejecucion, excelente por parte del señor Romea (don Julian) sin cuya intervencion el drama hubiera corrido el peligro de naufragar, é infeliz por algunos de los actores. La señora Palma se esfuerza laudablemente por agradar, pero el poeta señor Morales se halla á la triste altura de sus versos y Romea (don Florencio) y Pardiñas rivalizan con él. De la señora Diaz solo hay que observar que se equivoca con frecuencia y que dice con una pasmosa frialdad. Oltra, regular, y el conjunto, en fin, muy inferior á las esperanzas que habian hecho concebir los amigos del autor y los intimos de don Julian Romea. Este ha demostrado en su entusiasta eleccion, que no se halla mas acertado en sus vaticinios, que los demás.

El teatro de la Zarzuela nos dió á conocer la refundicion de *El Alcalde de Zalamea* hecha por don Adelardo Lopez de Ayala. Tan famoso drama bien merecia un refundidor literario que supiera conservar en su primitiva forma, toda la delicadeza incomparable de sus detalles; así ha sucedido y por ello merece parabienes el autor de *El tanto por ciento*. Lo único que se observa en el nuevo arreglo de esta magnífica obra, es que la accion camina un tanto apresurada y que pierde su colorido en algunos pasajes á causa de la desaparicion de varias mutaciones. Por lo demás, resalta el pensamiento que surgió del fecundísimo ingenio de Lopez, levantado á inmensa altura por la vigorosa vena del gran poeta don Pedro Calderon de la Barca.

Lope trazó un plan, cuya intencion no hubiera llegado á sobrevivir en la memoria de las generaciones; pensó en la figura de Pedro Crespo y le faltaron alientos para completar el cuadro: dificultó el desarrollo de su trama con la acumulacion de personajes, puesto que allí eran dos las hijas del labrador y por consiguiente dos los amantes: Calderon habia nacido para interpretar los grandes afectos, para idealizar la honra, para pintar la nobleza del alma, para ser el eco, en fin, de las sublimes manifestaciones de la virtud y no plagiando sino identificándose con el maestro, en los rasgos de corazon y subiéndolo al mismo nivel, los que en el primer *Alcalde* se hallaban empobrecidos, coronó sus esfuerzos, triunfó de todos los vates conocidos y lanzando al glorificado palenque de la literatura de aquella época, uno de los mas perfectos modelos de severidad clásica, de forma inspirada y de conceptos profundos, legó á su patria un tesoro en este drama, y muy singularmente en su último acto, digno de señalarse entre los esfuerzos de aquel monstruo de entendimiento. Como Sófoles y Eurípides reprodujeron las rasgos de Orestes, tratado ya por Esquilo; como Moliere siguiendo el impulso que partia de la escena griega, imitó á Plauto en *El Avaro* y *El Anfitrión*, y como Moratin tradujo libremente, introduciendo su inventiva en varias obras del Terencio francés, así Calderon prestó un encanto que no habia logrado Lope, á *El Alcalde de Zalamea* y por

él se reproduce en la escena española la representacion de este poema dramático, de cuyo protagonista fue uno de los mas atinados intérpretes, el inolvidable don Carlos Latorre. Para solemnizar un aniversario de Calderon, le puso en escena la empresa de la *Zarzuela*, y yo lamento profundamente que exornara una produccion tan renombrada con aquel miserable decorado. Allí se emplean cuantiosas sumas en presentar una zarzuela y no deja de causar amargura á los amantes de las viejas tradiciones teatrales, tan indisculpable abandono.

La ejecucion de *El Alcalde de Zalamea*, me causó el mismo efecto que su aparato escénico: entregados á la señora Tenorio y á Cubero y á Calvet sus principales papeles, dicho se está que sus condiciones artísticas no son bastantes á salir airoso de tan difícil empeño. En cuanto al señor Guerra, aun no ha logrado desprenderse de su amaneramiento provinciano y sus facultades le abandonan. Además no se puede prescindir de la comparacion que nos ofrecen los recuerdos y forzoso es confesar que este actor lucha en ella con desventaja.

Conocido era del público entero de Madrid, por mas que hoy se trate de asegurar lo contrario, la preciosa partitura del *Fausto* de Gunod y la brillante esplendidez con que fue presentada en la escena del teatro de Rossini. El régio coliseo ha reproducido esta ópera, en lo general empuñecida, á mi modo de ver, en su desempeño, en su orquesta y en sus accesorios. Quisiera, pero no puedo hacerme ilusion de que Mario canta: concédole sus recursos de artista consumado y admiro sus esfuerzos, pero pienso siempre que le oigo en Tamberlick y siento que no le haya imitado en el vestir.

Selva canta admirablemente; es un perfecto Mefistófeles. Los demás concurren á un mediano conjunto. El decorado inferior á mis esperanzas: en la mutacion á la vista de la catedral, es donde encuentra mayor mérito. Los coros mal ensayados y la orquesta fria y descolorida. El señor Skodopole es un director impasible. De todas maneras y en el estado de abandono en que tenia la empresa sus espectáculos, siempre es un paso que adelantan los pacientes abonados.

Se ha retrasado esta revista y por ello pido dispensa á los lectores de *El Museo*. En la próxima me ocuparé del drama *La espada y el laud*.

DON GIL CARMONA.

DETRÁS DE LAS NUBES.

Llaman seguro mentir
al mentir de las estrellas,
como si fuera posible
que mientan nunca las ciencias.

Yo, que tengo unos gemelos
de esos de ver en la escena
si las actrices la cara
ponen dulce, ó ponen seria.

Rayándolos por adentro
porque mas alcance tengan,
mil celestiales verdades
he visto desde la tierra.

Sobre una alfombra de nubes,
dosel de nuestras cabezas,
juntos el sol y la luna
bailaban las habaneras.

Cefirillos y aquilones
formaban sonora orquesta,
tocando en lugar de figles
cañones de chimenea.

Hechos de papel de plata
á miles del aire cuelgan
guirnalda de farolillos,
que aquí llamamos estrellas.

Luego á comer se pusieron,
y sobre nosotros echan
como pan á pececillos
migajas de nieve fresca.

El sol, sacando un veguero,
lo encendió en su cabellera,
y vuelto locomotora
el mundo forró de nieblas.

Y, como allí no hay kioskos
ni de esas columnas feas,
la luna tras de unas nubes
algo de prisa se entra.

No quise mirar: al globo
volví la vista discreta,
y abrirse ví mas paraguas
que flores en primavera.

De agua, al parecer, manchóse
el mundo en partes diversas,
y estendieron muchos rios
su cristal por las praderas.

«Maldecida tagarnina»
gritó el sol, y fue la breva
á incendiar campos y casas
vuelta en rayo ó chispa eléctrica.

En tanto en rojos colchones
la luna y el sol se acuestan,
y tinieblas ví tan solo
si pueden verse tinieblas;
Y á tientas buscando el mundo

le hallé calabaza hueca,
en que infinitos millones
de otras calabazas medran.

Esto ví, si alguien lo duda
que suba al cielo y lo vea,
y con razones científicas
luego á desmentirme venga.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

¿Es perjudicial el azúcar para la dentadura? ¿Lo es para el estómago? Para contestar á la primera pregunta basta con citar á los negros que comen mas azúcar que los demás, y cuyos dientes sin embargo son de un color y de una fuerza envidiable. Contestar á la segunda pregunta no es tan fácil; sin embargo, cuando sabemos los importantes servicios que el azúcar presta á nuestro organismo, podemos estar ciertos de que si es perjudicial efectivamente, lo es solo cuando se abusa de ella. El ácido láctico formado por la azúcar disuelve el fosfato de cal, y este es el principal elemento para los huesos y los dientes: por esta disolución el fosfato se hace accesible á los huesos y á los dientes, y como el azúcar obra sobre éstos, su utilidad es incontestable. Hay sin embargo un argumento mas seguro, fundado en el instinto de la humanidad. Si todos nosotros preferimos los manjares azucarados y el azúcar mismo, es porque hay una relacion natural entre él y nuestro organismo. No hay motivo, pues, para que los padres traten de impedir á sus hijos que coman azúcar en la equivocada idea de que es perjudicial á su salud: si la alimentacion de un niño es buena y suficiente para su edad, el uso moderado de la azúcar no solo no le es perjudicial, sino que en algunos casos puede serle muy favorable. Cuando la alimentacion no es suficiente ó cuando un niño hace un uso immoderado de esta sustancia, entonces le perjudica porque el azúcar tomada con exceso irrita y estraga el estómago.

En el dia parece haberse descubierto ya la verdad relativamente á los nyam-nyams, tribu africana cuyos individuos se suponía que tenían cola. El mundo científico se ha ocupado de esto durante mucho tiempo, aunque la mayor parte de los naturalistas habian rechazado semejante idea desde un principio. Parece que los salvajes tienen comunmente la idea de que la naturaleza ha sido dura con la especie humana, negándole lo que ha distribuido tan liberalmente á los animales. Algunas tribus de salvajes de la América Septentrional han tratado de remediar este defecto poniéndose una cola de búfalo en el sitio correspondiente, lo cual ha dado lugar á que varios viajeros algo superficiales á la verdad, hayan supuesto que los salvajes de ciertos puntos de América se hallaban dotados de tal apéndice. Los nyam-nyams forman una de las tribus mas salvajes del Africa Oriental; los europeos no han tratado de atravesar su pais hasta hace poco tiempo. Segun algunas relaciones, esta tribu es antropófaga y quita la vida sin compasion ninguna á sus heridos y enfermos. Un atrevido viajero francés llamado Lejean, escribió hace poco desde Darfour diciendo que tenia en su poder una cola de un nyam-nyam, y que este adorno singular está asegurado en el cinturón de tal modo que parece en efecto la continuacion de la espina dorsal. Este singular adorno parece un pedazo de cuerda y termina en un mechón ó borla, igual precisamente á la cola de búfalo que llevan los salvajes de la América Septentrional.

Se cree generalmente que el rey Juan de Inglaterra fue el primer monarca que usó el pronombre personal nos, al hablar de sí. Este mismo rey tiene la fama de haber sido tambien el primer monarca que reclamó para su pais la soberanía de los mares.

DOLORA.

Poseyendo algun caudal
A depositarlo fui
Al diez por ciento, y perdí
Solamente el capital.
Por feliz casualidad
Quedó el interés conmigo,
Y al prestárselo á un amigo,
Perdí, con él, la amistad.
Desde entonces con dolor
Esta queja triste exhalo:
—Hacer depósitos... malo:
Tener amigos... peor.

A. BARCELÓ Y FERRER.

CUADROS CONTEMPORANEOS.

INTRODUCCION.

«El ridículo visto desde las altas regiones de la filosofía, ha dicho la elegante escritora francesa Sofia Gay,

es el mas sólido de todos los lazos que unen á los hombres; es la única reciprocidad constante, inalterable, que está al abrigo de los caprichos del corazón y de las debilidades del espíritu.»

En otros términos, digo yo: el ridículo es una quimera; cosa que no existe; cosa ideal, fantástica. Y si no, decidme: ¿dónde están los principios reguladores cuya aplicacion nos muestre lo que es ridículo?

Si por ello quereis entender los defectos físicos ó morales, que son el resultado de enfermedades del cuerpo ó del espíritu, digoos yo muy seriamente, que eso no es el ridículo; y que es por el contrario cosa triste, digna de commiseracion y respeto. Si me decís que el ridículo es el defecto ó escentricidad que procede directamente de la libérrima voluntad, de la presuncion infundada, de la necedad indisculpable; podrá ser; pero el que se sienta limpio, que arroje la primera piedra.

El ridículo es el patrimonio de la humanidad entera; ó lo que es lo mismo, el ridículo no existe.

Porque ¿de qué ley se aparta lo que merece aquel nombre?

Paréceme que os oigo decir: «del sentido comun;» y á mí me acontece que nunca he oido pronunciar esa frase sin sonreír.

¡El sentido comun!... Otro fantasma ¿dónde está? ¿qué es? Debe ser la manera universal de ver y de juzgar; ó, como diria un amigo mío muy querido, «la metafísica de la humanidad.»

Pero está el pícaro daño en que la humanidad (contando solo la humanidad civilizada) no tiene juicio unánime sobre cosa alguna; y en la cuestion que mejor libra hay dos bandos, mayoría y minoría.

Francamente, desconfío de las opiniones de las mayorías: en primer lugar, porque es cosa por demás sabida que la mayoría de la humanidad yerra siempre: *stultorum infinitus est numerus*; lo que traducido por Quevedo, quiere decir, que «son tontos todos los que lo parecen, y la mitad de los que no lo parecen.» En segundo lugar, porque si apelamos á los hechos, no puede cabernos duda acerca de que el *sentido comun*, el de la mayoría, es cosa distinta y aun contrario al *buen sentido*, patrimonio de la mas exigua minoría.

¿Qué piensa el mundo, por ejemplo, sobre el desafío?

Bien sabéis que el desafío es costumbre de origen bárbaro, legado triste de los siglos en que la fuerza era la suprema ley del mundo: que la mayor destreza en las armas, el valor ó la fortuna que suele decidir los duelos, ni devuelve honra perdida, ni da la razon á quien no la tiene: que las leyes, producto de la civilización, norma de la justicia, los persiguen y castigan como crimen: que Dios los aborrece y la Iglesia los envuelve en terrible anatema. Pues bien; la mayoría los acepta y aplaude, y marca con el estigma de infamia á quien no admite el duelo, siendo provocado; ó no provoca en ciertos casos.

¿Y quereis que yo respete el *sentido comun* que así juzga? ¿Y quereis que yo crea que es ridículo lo que se aparta del sentido comun?

Y sin embargo, veo yo en algunos de mis semejantes cosas que me chocan, que me parecen grotescas y risibles; y me dejo llevar de mi deseo, y rio, y censuro; pero algunas veces se me ocurre preguntarme á mí mismo: por ventura ¿no tendré yo esos mismos defectos, ú otros tan ridículos como ellos?—Ya comprenderéis que me guardo bien de responderme á esa pregunta, y mas aun de investigar la verdad. ¿Quién es el esforzado varon que se confiese á sí propio sus ridiculeces? ¡Cáspita! Eso seria esponerse uno á vivir disgustado de sí mismo; ó cuando menos á «no poderse mirar á un espejo sin reír,» como dice el romántico don Oscar.

¿Verdad, queridos lectores, que pensais como yo en esta parte?

Pero... ¿quién me mete á filosofar sobre el ridículo, cuando me he propuesto escribir caricaturas morales? ¿No es mejor aceptar el principio de que hay cosas ridiculas, y dejar correr la bola?

Sí tal: quiero arrojar piedras al tejado de mi vecino. ¿Le tengo yo de vidrio? Pues arrójeme él tambien, y estamos en paz.

Creo hacer un favor á mis semejantes poniendo ante sus ojos su lado risible para que se corrijan si gustan: ellos ó alguno de ellos puede prestarme el mismo servicio; y ellos y yo quedamos en libertad, si no nos acomoda el retrato que como nuestro se nos presente, de pronunciar un *nescio* magistral, y de seguir viviendo en buena armonía con nuestras cualidades ó defectos.

Y dicho esto, comienzo con permiso de mis lectores.

LA MUJER SOLTERA.

Y comienzo, como es justo, dando la preferencia al bello sexo.

Maese Andrés era peluquero, y como el diablo ni á los peluqueros descuida, puso en su cabeza la infeliz idea de hacerse poeta; y maese Andrés escribió un drama... como suyo.

Pero el diablo no habia pensado en Voltaire, sin duda por exceso de confianza, y maese Andrés envió á Vol-

taire el drama, preguntándole su opinion; con lo que el rey de las tinieblas quedó frustrado en sus perversas miras respecto al peluquero, puesto que el rey de los *espíritus fuertes* devolvió el drama á su autor con una carta concebida sencillamente en estos términos.—«Maese Andrés: haced pelucas, haced pelucas, haced pelucas.»

¡Cuántas veces, lectores míos, al encontrar en vuestro camino mujeres sabias, mujeres literatas, mujeres politicadoras, mujeres amazonas, mujeres, en fin, que lo tienen todo, pero carecen hasta del menor de los rasgos de la mujer fuerte de Salomon, habeis sentido deseos de decirles:—«Hilad, hilad, hilad.»

Pues habeis de saber que cometiérais en ello grave injusticia; porque si el peluquero Andrés desatendia su negocio al meterse á poeta; cuando la mujer abandona la rueca ó el dedal, no creais que descuida sus pelucas. La mujer jamás falta á su mision, y aun durmiendo se ocupa en ella; y mucho mas montando á caballo, haciendo versos, pronunciando discursos é hilvanando planes de gobierno.

¿Cuál es la mision de la mujer sobre la tierra?

—Criar hijos para la patria: diria Napoleon I.

—Remendar los calzones de su marido: un moralista de mal genio.

—Guisar el puchero de la familia: un prosáico inaguantable.

Pero el género femenino se subleva en masa contra la filosofía hombruna, y esclama no sin razon:

—La mision de la mujer sobre la tierra es casarse; ¿oyen ustedes? *Hacer* un marido.

Y como quiera que toda mujer quiere ser fiel á su mision, anda su camino como mejor lo entiende y Dios la ayuda, y á pie ó á caballo, ante el bufete ó en el estrado, en el coche ó en el palco, la mujer no deja nunca de la mano sus pelucas; porque la peluca de la mujer es el marido. Verdad es que no siempre logra su objeto; pero eso no es defecto de la voluntad, sino del entendimiento.

No hablemos de esas hermosas criaturas, ángeles de Dios, sobre cuyos labios de escarlata vaga todavía de continuo la sonrisa de la inocencia, mientras juegan á las muñecas ó saltan la cuerda en el parterre del Retiro: dejemos tambien en paz á las pollitas de reciente cola, que todavía no hacen mas que vislumbrar el amor al través de rosadas y blancas nubes de poesía. ¡Harto pronto perderán su inocencia las primeras, y se disiparán los matizados vapores que embriagan el corazón de las segundas, para dar lugar al prosáico afán de encontrar un hombre dispuesto á llevarlas á la parroquia con acompañamiento de testigos! ¡Harto pronto dejarán á un lado los juegos y despertarán de sus ensueños para *hacer pelucas*!

Tarea larga y trabajosa por demás en los tiempos que corren.

¡Pícaros hombres!

Clotilde: pálida está tu frente y tus mejillas, y un círculo azulado rodea tus hermosos ojos. ¡Cuán encantadora te admiro con ese promontorio de crin ó de pelote que gallardamente se eleva sobre tu cabeza! Ese cascagu de luengos faldones, es capaz de trastornar la chaveta al mas estóico; y contra tus lánguidas miradas y profundos suspiros, no se hacen en Trubia corazas bastante fuertes. Pues ¿y tú lenguaje? ¡Esas frases escogidas y rimbombantes, esos destellos de erudicion y de talento que se escapan á raudales de tus delgados labios!... Pero créeme: no te dirijas al banquero calculista, y por ende frio y material; ni al militar alegre y bullicioso; ni al pollo calavera y burlon; ni al letrado juicioso y formalote. Tus redes no se hicieron para esos peces. Tu has menester un héroe de melodrama; y esos ¡ay! ya no se hallan mas que en el teatro... y de mentirigillas.

Tú, Julia, sigues otro sistema, ya lo veo. Alegre y vivaracha, nos tiene al corriente tu continua sonrisa de que posees los dientes mas blancos y pequeños del mundo. Amable con todos no nos dejas sentir el peso de tu deslumbradora hermosura; bondadosa con tus admiradores tienes para cada uno una palabra halagüeña... ¡Eres una muchacha deliciosa! Pero, ¿es tan injusto el mundo!... Y sobre todo los hombres. Los muy redomados han dado en llamar á eso coquetería, y aunque les agradas para pasar el rato, temen cargar para siempre con imaginarias consecuencias.

Te aviso para tu gobierno, que cierto empleado de gran sueldo á quien agradas mucho, estaba el otro dia haciendo cálculos en su cartera... Ya se ve, esos oficinistas no entienden mas que de guarismos; verdad es, hija mía, que hubo una edad de oro, otra de plata, otra de hierro; y ahora estamos en la de la aritmética.

Pues, como digo, apuntaba en su cartera: «Paño de Venus... tanto—carmin para los labios... cuanto—polvos para hacer el cabello rubio... mas cuanto.—Y echando la suma, la consideró un momento, y dijo:—¡Diablo! Si tanto cuesta solo la careta, ¿qué será el traje?—Y cerró la cartera, y se fué á pasar la noche en el café.

¡Habráse visto!... ¿Pues qué quieren esos malditos?

¿Gustarán por ventura de la Blasa, que viste siempre con un figurín de atraso, que no levanta los ojos del

AUTOGRAFOS CELEBRES.

Humillimo y perpetuo
servo en el senorito

En m. la de mayo de 1839
D. P. Calderon
de la Barca

Ignatius

SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Gerónimo de
Blanca

C. Car. Borromeo

Andrés Bello

suelo, que tiene el atrevimiento de exhibir en público su tez morena, y lleva siempre los vestidos cerrados hasta la barba? No. ¡si á esa la llaman mogigata y cursi!

¿Pues qué buscan? Decididamente, doña Escolástica; tiene usted razon. No hay maridos. Estamos atravesando una terrible crisis marital. ¿Si se los habrán llevado tambien á la China, como dicen que han hecho con los duros y napoleones? ¡Ay qué felices deben ser las chinescas con sus pies gafos, sus ojos torcidos, y sin miriñaque!

Sin embargo, á aquella señorita que distingo allá abajo, no la faltan verdaderos pretendientes; y fuerza es confesar que lo merece. Su hermosura es real: la trasparente blancura de su cutis, las frescas rosas de sus mejillas y el coral de sus labios, no la cuestan el dinero. Viste con elegancia, pero sin exageracion; su postura es graciosa y decente; sus movimientos dignos: toda ella respira esmerada educacion, gusto esquisito, y elevados sentimientos.

—Todo eso es verdad; pero tambien lo es que no se casará.

—¿Y por qué?

—Porque tiene el pecado del orgullo; porque habla mucho con su espejo. Ha formado tan elevado concepto de su hermosura y mérito, que apenas halla un hombre digno de poseerla. Un título de Castilla halaga su vanidad; pero ¡si es título sine re!... ella es la reina de la hermosura y debe vivir en el lujo. Los millones de aquel capitalista no la disgustan; pero... ¡si todavía se acuerdan en Madrid de que fue sastre! N... es noble y rico... ¡qué lástima!... ¡Tiene joroba, es vizco y tartamudea!... ¡Qué ridiculez! Y así, despreciando lo que se presenta y esperando lo que no llega, se pasa el tiempo; y como pronto cumplirá los veinticinco... y como no es rica...

—¿Doña Escolástica!... ¡Doña Escolástica!... Pues ¿dónde están las que se casan?

—Allí: ¿las ve usted? La señorita de A. que tiene dos millones de dote, con el caballero de B. que here-

dó uno. Entre los dos reunen ciento cincuenta mil atractivos de á veinte reales.—La señorita de C. que es pobre, pero linda y tiene diez y ocho abriles, se conforma en dar su blanca mano, al señor D. que cuenta sesenta diciembres, pero tiene heredades para mantener coche y palco en el teatro Real; lo que... ¡ya usted ve! hace disimulable su pronunciado abdómen, su enorme peluca, y sus rústicas maneras; y finalmente, la señorita de E. que se casa con un hombre á quien no conoce... cosas de familia... arreglo de los padres.

Quedé pensativo: de pronto se ofreció á los ojos de mi espíritu el Tribunal de la Rota; despues contemplé mentalmente, ya sin asombro, las principales calles de Madrid; por último recordé la crónica escandalosa de los salones; y envuelta en un suspiro, brotó esta frase del fondo de mi alma:

¡Sal mon, Salomon! Tu espíritu vivia entre nosotros cuando exclamaste: «Mujer fuerte ¿quién la hallará?»

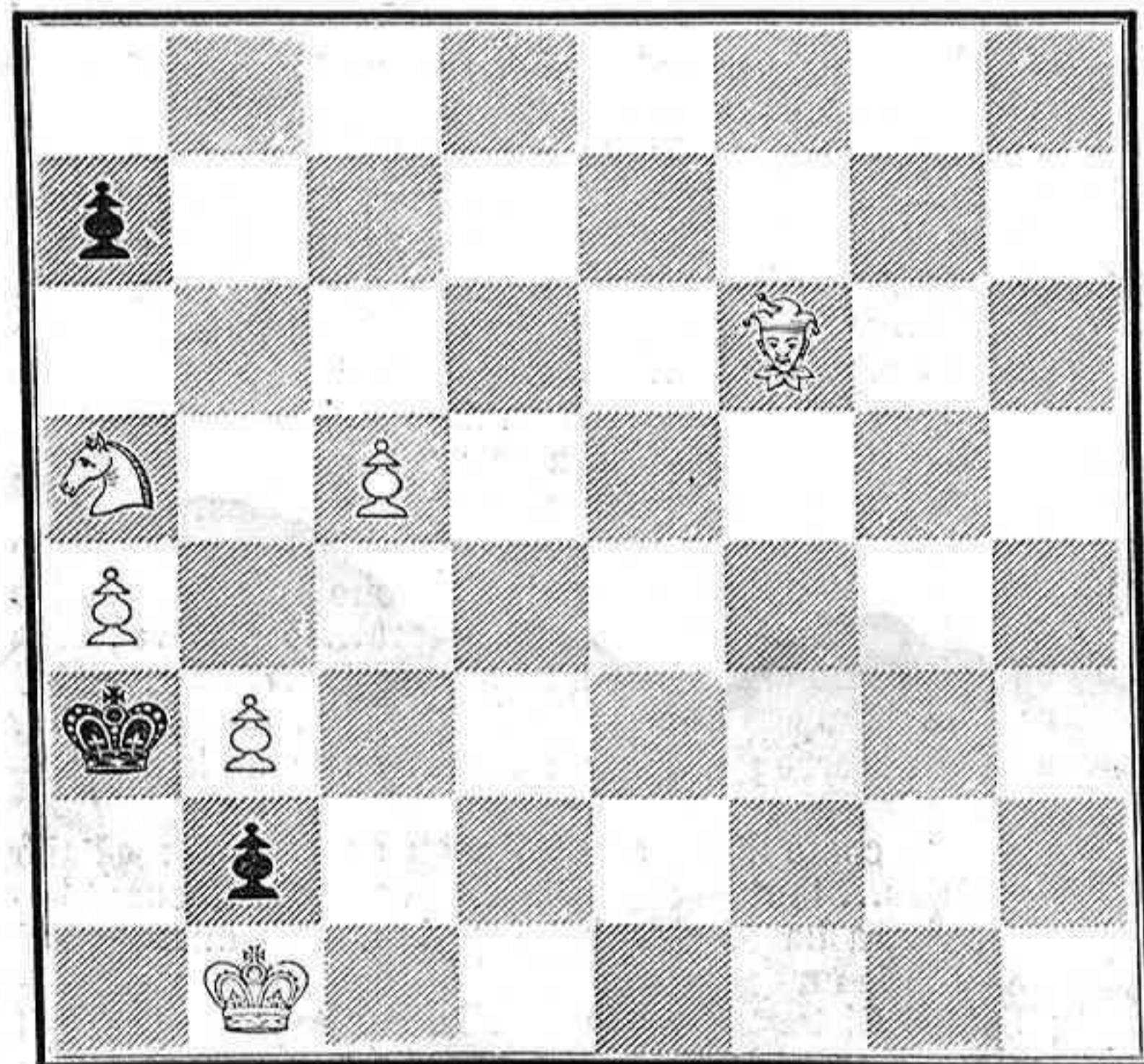
JUAN ANTONIO ALMELA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM 3.

COMPUESTO POR DON AURELIO ABELA.

NEGROS.



BLANCOS.

(LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS)

LA SOLUCION SE PUBLICARÁ EN OTRO NÚMERO.

SOLUCION AL PROBLEMA NÚMERO 2.

Blancos.

Negros.

- 1.^a T. 8. T. D. 1.^a R. t. T. (A)
- 2.^a C. 5. A. D. 2.^a C. t. C. (B)
- 3.^a D. T. P. 3.^a Cualquiera.
- 4.^a D. 7. T. D. Mate.

(A)

- 1.^a 1.^a T. t. P. 5. D.
- 2.^a T. 7. T. D. Jaq. 2.^a R. t. C.
- 3.^a T. 7. A. D. Mate.

(B)

- 1.^a 1.^a
- 2.^a 2.^a P. t. C.
- 3.^a D. 5. C. D. 3.^a Cualquiera.
- 4.^a D. t. C. ó 6. T. D. Mate.

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo de Madrid.—Don V. M. Carvajal, don Enrique Castro, Mr. L. Campo, don V. Lopez.

SOLUCIONES EXACTAS DEL PROBLEMA NÚM. 1.

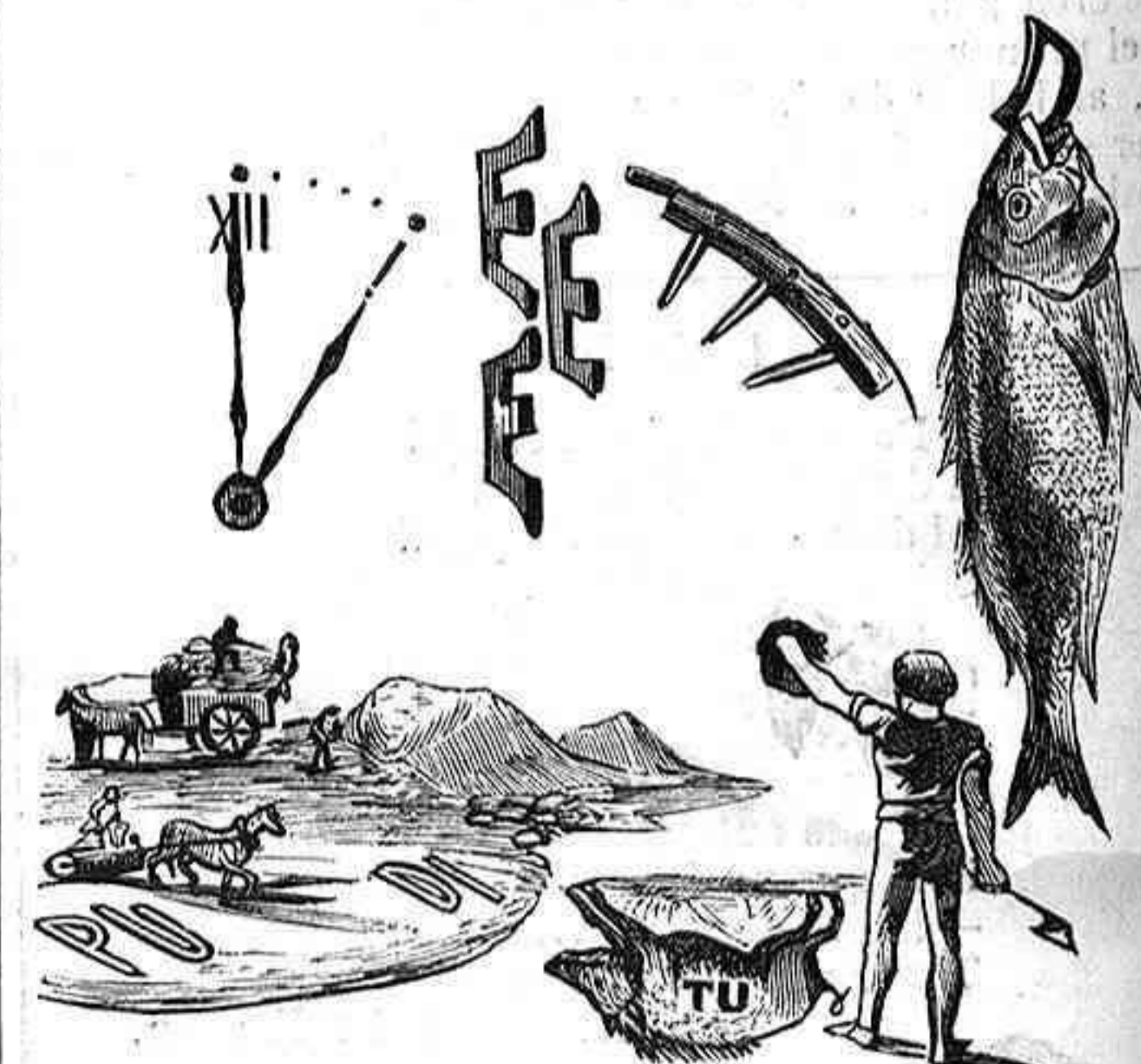
Don E. Castro. Don José Librero de Burgos. Don J. M. de Granada.

NOTA.—En lo sucesivo publicaremos las soluciones, quince dias despues de la insercion de cada problema, dando asi tiempo á los aficionados de provincias para que nos las remitan oportunamente.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Pelar la pava se llama—hablar de amor á las rejas,—mientras que las madres viejas—rezando están en la cama.



La solucion de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.